



La rodilla de Clara

el cuento de un desvío

Daniel Vidal Toche

Para un escritor de edad madura, no hay nada más erótico que la posibilidad de tocar la rodilla de una joven. De eso trata justamente la película de Éric Rohmer llamada *La rodilla de Clara*, comentada en este texto.

Rohmer es un director a quien las sinopsis no le hacen ni podrán hacerle justicia nunca. Y eso es porque su cine se deja ver en la palabra, en la palabra que es también acción. El diálogo no acompaña la acción, el diálogo racionaliza la acción, la traduce en una nueva imagen. Sus personajes van dibujando un universo a medida que se inventan a sí mismos. Claro, tienen pasado, pero existen en un momento

intemporal y en un espacio intemporal. Tan hermoso que se funde en blanco o desaparece, neutral, como un fondo desenfocado. En boca de Laura sonaría como “Tanta belleza puede ahogarte” y no en la miseria, eso está muy lejos de su puesta en escena; el lugar del ahogo es más anodino, menos táctil y hasta caprichoso. Pero esa distancia es la que permite ver el otro lado que Rohmer quiere mostrar de lo

humano. Ese en el que la seducción no está en la forma de dibujar con luz y sombra, no en su voluptuosidad, sino en su capricho, en su perversión, en su naturalidad. Ahí donde el universo es perfecto se crea una grieta en donde el erotismo se posa en una rodilla y un *zoom* lento dice *ahí es donde quiero poner la mano* y ese magnetismo hacia un punto tan transparente contiene toda la belleza que parece des-





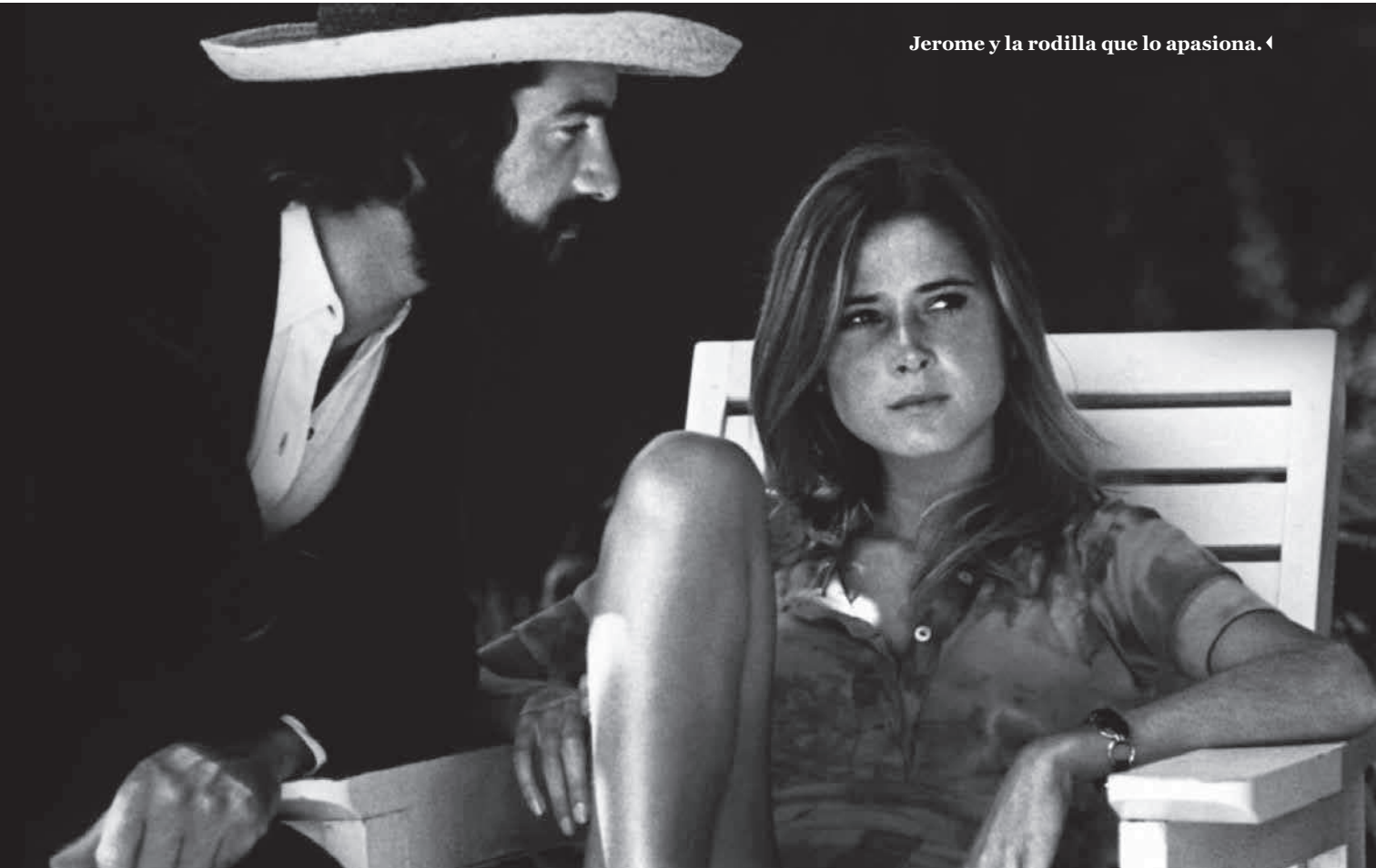
bordar tanto en el paisaje como en la dueña de la rodilla.

Como se ha dicho antes hacer una sinopsis de Rohmer es sintetizar la palabra, tarea imposible. Pero para los que no conocen la historia de *La rodilla de Clara* Jerome es un escritor que está a punto de casarse con Lucinde, una mujer con la que ha mantenido noviazgos intermitentes durante

seis años y que, finalmente, le ha hecho ver el amor y el deseo como objetos manipulables de placer, bajo una mirada esencialmente contemplativa, siempre produciendo la voluntad de forma inmediata a la acción. Es decir, contando su propia historia. Aurora, por el contrario, no es capaz de contar su historia y es tan honesta como Jerome porque al no ser capaz de contar su historia cuenta las demás.

Ellos dos dibujarán la historia, no como antagonistas, sino como dos miradas de las cuales habrá dos historias distintas. Sin embargo, el lugar del espectador es también una mirada más, no que ve las otras dos con claridad sino que las atestigua.

Pero el deseo no estará entre Jerome y Aurora, en realidad el deseo flotará en el aire tocando a casi todos



los personajes. A través de Aurora Jerome conocerá a Madame Walter y a sus hijas: Laura y Clara.

Laura

Una niña de 16 años. El amor aún es para ella una imagen extraña, pero no menos consecuente con el mundo. Es una niña prudente. A ella es precisamente a la que tanta belleza alrededor la ahoga. Pero no es una niña triste, ni una intelectual, es natural. Tiene su propia velocidad, sabe cómo dar un paso tras otro y qué juego está jugando. Ese que nace entre ella y Jerome, impulsado por Aurora, quien ve en ellos la posible historia que quería contar (la historia de un hombre que no sabe hasta dónde puede desear), esperando que ambos jueguen, esperando que Jerome y Laura la vivan para poder contarla.

Es esa naturalidad la que permite que esa historia te empiece a crear una duda sobre con qué moral debes ver la película. Lo que puedas esperar de los personajes no será lo habitual, sino

lo natural. Hay en todo una frescura muy sutil, seductora, tan mínima y delicada como la rodilla de Clara.

Laura no ama a Jerome, es solo una más de sus exploraciones. Laura es una niña empecinada en conocerse y eso es lo que ella entiende por vida, Jerome es interesante en la medida precisa para su exploración, pero no puede sino esperar qué encuentra en ese hombre y no si es él el indicado. En realidad, Laura se propone a sí misma el amor como un accidente, pero reconoce que no sabe lo suficiente. Jerome, quizá, de haber querido, hubiese podido convencer a Laura, pero nunca lo quiso. Dejó que la proyección de Aurora, la historia que quería escribir sobre él, lo deje ir hacia donde lo llevara la palabra, pero no sin marcar una distancia inmediata. Y es esa la sensación que Rohmer crea, la de estar al borde del vacío y no ser capaz de saltar, que es precisamente como Jerome describe lo que siente por Clara, no Laura, sino Clara.

Clara

Clara está muy lejos, lejos de los dos narradores, de Jerome y de Aurora, y también del espectador. Clara es una aparición, es una nínfula, es Lolita. Ella no está precedida por la voluntad, ella es pura acción. Ella es una imagen vestida de azul al borde del lago. Ella es una presencia que no se esperaba en el paisaje, que pinta el blanco del fondo, que pone de vuelta la belleza como un escenario posible. Ella es su rodilla, un punto específico de todas las palabras e historias alrededor que no es palabra, que al volverse tal se cuenta como historia, pero solo su imagen conserva el lugar del deseo. Y hacia ella será el viaje de Jerome.

La rodilla de Clara

Jerome ha descubierto un viaje nuevo, uno secreto y al mismo tiempo cómplice del que ha propuesto Aurora. Ella está determinada a que él vaya tras su historia, pero a él se le ha ocurrido una más interesante, una que quizá lo ponga a prueba. Toda esa voluntad es la

simple curiosidad de un día en los Piri-neos, y al mismo tiempo una pregunta constituyente de su vida: ¿si el deseo se extingue en la consumación, cuál es su límite? Es una pregunta rigurosa; está a punto de casarse con Lucinda tras un noviazgo intermitente.

La historia que Aurora quiso forzar, o al menos deseó atestiguar, no se dio. No era más tiempo de Laura en la mirada de Jerome ni de Aurora ni del espectador, sino de Clara. Al igual que Jerome, uno no puede, a no ser por rebeldía, escoger a Laura. Y sí, se trata de elecciones, porque la historia se inventa sobre la marcha, no hay que pronosticarla, sino atestiguarla, ser seducidos por ella. Rohmer nos convence de mirar a Clara y más tarde a su rodilla.

Es aquí donde un punto exacto se convierte en el eje del deseo. Clara no está sola, sino con Gilles, un chico que veranea ahí y del que está profundamente enamorada. Jerome lo sabe y presencia además a un personaje típico, un patán que sin embargo nunca deja de tener también la misma frescura que caracteriza a todos los demás. Jerome por fin encuentra un antagonista. En realidad siempre lo tuvo, era el deseo, pero el hecho de que Clara amase a Gilles solo conminaba a una cosa: que él sería transparente para Clara. Parte del paisaje cotidiano. Alguien inofensivo. Es en ese intersticio que ve por primera vez la rodilla de Clara. Cuando cae en la cuenta de que es invisible para ella. Clara recoge frutos de un árbol junto a Gilles. Jerome se acerca a probar las frutas y la ve: un simple ángulo, un punto específico de una belleza desbordante. En ese lugar se cometerá el pecado.

Más tarde otra vez esa misma rodilla, mientras observan un juego de tenis, Jerome delante de los muchachos se voltea y ve las rodillas de Clara, y la mano de Gilles inocente sobre una de ellas. Lo encontró obsceno, ofensivo. Para él, un lugar monumental que él descubrió en ese cuerpo, dejado pasar por alto por solo una causa: la estupidez. A diferencia de Jerome, Gilles tiene a Clara como cotidiana, para él no existen lugares prohibidos y esa cercanía es la que hace que poner su mano sobre su rodilla sea un acto casual, cotidiano. Jerome no lo asume así, sino con una resolución enfermiza sobre la posesión de un espacio del cuerpo de

Clara, y al ver la indiferencia de Gilles siente la frustración de no poder llegar hasta su objeto de deseo, cuando para otro es tan habitual. Aurora, entretanto, es una observadora distante, es quien hablará en lugar de Jerome y de Clara, más aún, de su rodilla, Laura es quien hablará en lugar del deseo, y en tanto eso, se mantiene distante, en tercera persona, dejando que Jerome la guíe hacia la voz que busca retratar.

Cada episodio en que Jerome se acerca más a su deseo es mediado por las conversaciones entre él y Aurora. Nada de esto ocurre en el escenario del pecado, sino del descubrimiento. Un ejercicio de ficción: forzar la vida para que los personajes se escriban solos, pero siempre al borde del abismo, siempre arriesgando el pellejo. Jerome tomará cada episodio como una pista más para afirmar que está resuelto, que se casará con Lucinde, que ahí es donde su historia va a empezar y que esto no será sino un cuento más, la historia de un desvío. Y Aurora también, lo sabe, sabe que es solo la historia de un desvío. Pero ella ve en Jerome ese desvío, en cómo Jerome justifica su decisión.

En esa tensión es que Jerome se acerca más a Clara. Por la mañana vio a Gilles con otra chica, Muriel, amiga de ambos. De vuelta a casa de Aurora se topa con Clara. Ella quiere ir al pueblo, Jerome se ofrece a llevarla, quizá previendo que podría encontrar a Gilles con la otra muchacha. En el camino un chaparrón se desata y los obliga a albergarse en una cabaña de la orilla más cercana. Allí, en medio

del frío, Clara se sienta aterida. Jerome urde el camino de su voluntad: corromper a Clara, pervertirla sin que lo note. Le cuenta que Gilles está con otra, y Clara llora. Él la deja llorar, espera, le tiende un pañuelo y espera. Toca su rodilla y la cámara va hasta ahí. No se contenta solo con poner la mano, sino que la acaricia, median-do la escena con la mirada llorosa de Clara, que acepta la caricia. La imagen del lago agitado y al fin la tensión rota. No fue un simple gesto, fue una caricia extensa, cargado de un deseo, y un derecho que partió de ese deseo, un derecho sobre ella, que el mismo Jerome había confesado sentir.

Él se va con esa historia, con la aniquilación del deseo y una buena acción realizada. La libró del patán, y mediante una caricia inocua desbordó su deseo, lo dejó ir, dejó de ser parte del paisaje para Clara, existió.

La partida de Jerome

Jerome volverá a Suecia con Lucinde; Aurora se queda en Annency y presencia la última escena, el final de su historia. Clara y Gilles se encuentran, y el suceso que la liberaría del patán es fácilmente explicado por Gilles, no se sabe si es cierto o falso, solo que Clara decide creerle, y que la historia con la que se fue Jerome era solo un ejercicio, un anodino ejercicio que hace la vida más interesante, porque en eso precisamente está su seducción, en dejar que el deseo se pose en un lugar y que la perversidad sea posible en secreto. ◻

► Personajes en una típica conversación rohmérica.

